

Alfredo Gómez Cerdá

Hay que desconfiar de cualquier autopresentación. El autopresentado aprovechará la circunstancia, el momento, o lo que se le brinde, para dar rienda suelta a alguna de esas lenguas interiores que nos llenan de babas sin apenas darnos cuenta. Y lo malo es que durante un tiempo andas por ahí humedecido, brillando de manera extraña y pegajosa cuando te da un poco de sol, sin darte cuenta.

Además, no sé qué demonios tengo que presentar. ¿Los veintitantos libros que he publicado? Los tengo aquí, a mi lado, sobre una estantería de pino, casi al alcance de la mano. Son muy importantes para mí (ya lo he dicho). Desde que era un niño so-

ñaba con tenerlos donde ahora están. Soñaba con ellos mucho antes de escribirlos, mucho antes, incluso de que una chispa alumbrase algún callejón oscuro de mi mente y me permitiese enhebrar unas cuantas palabras con un bolígrafo. Soñaba despierto y quizá con una imperdonable estupidez reflejada en mi rostro. Dormido, tenía las mismas pesadillas que ahora.

Pero... no quiero utilizar esta página para hablar de mis pesadillas... Me gustaría hablar de algo que se me escapa de entre los dedos y que tiene que ver con las cosas sencillas, que no simples, que nos conforman con paciencia infinita. Quería hablar de mi reloj de pared, de mis paredes, de mis

amores, de las cuatro macetas que caben en la pequeña terraza de mi pequeña casa, de la ausencia de amigos, de la fiebre que me está subiendo desde el mediodía, del silencio añorado...

Pero tendría también que decir algo de los veintitantos libros que están sobre la estantería de pino y de los no sé cuántos que escribiré en el futuro. Al menos, citar los nombres de los más entrañables y mencionar el proyecto más ansiado. Tendría que hacerlo antes de que esta hoja de autopresentación toque a su fin.

No sé por qué, pero me vienen a la cabeza unos versos de César Vallejo:

Quiero escribir, pero me siento puma;
quiero laurearme, pero me encebollo.



Bibliografía (selección)

- Las palabras mágicas*, Madrid: SM, 1983.
- La ciudad que tenía de todo*, Madrid: Altea, 1985.
- Un amigo en la selva*, Zaragoza: Edelvives, 1988.
- Jorge y el capitán*, Madrid: SM, 1988.
- Alejandro no se ríe*, Madrid: Anaya, 1988. (Existe versión en catalán, en Barcanova.)
- Pupila de águila*, Madrid: SM, 1989.
- Luisón*, Madrid: Bruño, 1990.
- El volcán del desierto*, Zaragoza: Edelvives, 1990.
- La guerra de nunca acabar*, Gijón: Júcar, 1990.
- El laberinto de piedra*, Madrid: Bruño, 1991.